

Entre palmeras

JOSEFINA IRIBARNEGARAY AGUIRREZÁBAL

Mi marido me ha insistido en que me animara a presentar uno de esos escritos que todos hacemos a lo largo de los años pequeñas meditaciones, pensamientos, experiencias vividas, etc.

Como el tema del Congreso es amplio sobre el modo que tenemos los cristianos de manifestar nuestros testimonios, esto nos puede servir para ver cómo seguimos las huellas de Cristo hasta “vivir en Cristo”, como nos decía San Pablo, desde diferentes parámetros.

Para mí, como para cualquier cristiano, amar a Dios es como respirar, algo ininterrumpido, compatible con cualquier cosa que se esté haciendo.

Un antiguo escritor de los primeros años del cristianismo decía que el sueño también es oración, y estoy de acuerdo. Es más, el otro día oí a monseñor Munilla que San Manuel González decía que ante el sagrario había que estar cómodo, para hablar con tranquilidad con el Señor; y si uno se queda adormilado, no pasa nada, porque cuando una madre que tiene a su hijo en brazos y se le duerme es entonces cuando le besa, le acaricia... y lo mismo hace el Padre con nosotros. Como decía, el sueño también es oración.

L' Abbé Pierre decía que el Señor es “mi puerto de amarre”, y Santa Teresa nos recuerda que hacer oración es “hablar de amistad con quien sabemos que nos ama”. Cuando has tenido ese encuentro con Dios, con Jesús, ya tu vida se vuelve oración: la risa, el llanto, el amor, la tristeza, el trabajo, la diversión, el aire que respiras; todo nos habla de Dios.

Para mí, la Iglesia en acción es Iglesia en oración. No podemos pasar por alto el ejemplo de Jesús desde el comienzo de su vida pública: se pone en oración cada vez que actúa de alguna manera, al finalizar el día se retira a orar, etc. La acción y la oración siempre han de ir juntas; no se puede dejar a Dios por las cosas de Dios.

El texto que sigue se lo mandé a mi marido desde Canarias, en el último viaje que hice para ver a mi hija Sofía. Lo escribí en el mes de marzo,

tomando a vuelapluma las sensaciones que sentí, interiores y exteriores, a lo largo de una mañana en el jardín botánico. Se trata de una descripción de una persona enamorada de Dios desde un lugar lleno de belleza.

Entre palmeras

Hoy me he despertado en la alborada canaria, como me ocurre en alguna ocasión, con ganas de escribir sobre un tema concreto. Me pasa siempre, en alta madrugada tengo la mente clarísima y... o me lanzo a escribir el pensamiento que me ha despertado, o queda ahí semio olvidado en un ensueño.

Bueno, en esta ocasión, quiero escribir sobre la maravillosa mañana que pasé anteayer con mi hija Sofía en el “Palmetum”. Allí viví todas las sensaciones. El día era medio nublado con un viento fresquillo.

El “Palmetum” es un jardín botánico de 120.000 m², con variedades de palmeras de los cinco continentes. Sofía como bióloga y entusiasta de la naturaleza, ya lo conocía. Y allí iba yo a comenzar el periplo del palmeral, con un buen plano y sus correspondientes explicaciones, y una entomóloga aficionada a la ornitología y a la botánica.

Nada más iniciar el ascenso, vimos la variedad “Palmera Canaria” y dije: bah, normal. Seguimos unos metros y, al ver un cernícalo sobrevolándonos en busca de su ración de lagarto, me giré y quedé con la boca abierta de la belleza de las palmeras, no muy altas pero con una frondosidad extraordinaria. Era con aquel movimiento, como una cascada de un verde intenso lleno de susurros y elegancia.

Y allí comenzó mi oración: “Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú. / ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides? / Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor; / le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies: / Ovejas y bueyes, todos juntos, y aun las bestias del campo, / y las aves del cielo, y los peces del mar, que surcan las sendas de las aguas. ¡Oh Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!” (Salmo 8, 4-10)

Dice el Papa emérito Benedicto XVI: “Rezar es respirar, porque la oración es como el aire para nuestra vida”. Y yo iba respirando, sintiendo la grandeza de Dios y el disfrute de todo lo que nos rodeaba. Y seguimos ascendiendo, el sol salía tímidamente de vez en cuando, atravesando sus rayos la multitud de plantas que nos rodeaban, convirtiendo estas en maravillosos colores tornasolados. Yo, ante tanta belleza, tomé el plano en ristre, no me bastaba la explicación de los letreros, ni la de Sofía; quería conocer cada pal-

mera, cada planta con detalle, y allí iba de asombro en asombro como caminante maravillada. Un sonido de cantos de pájaros dulcísimos llegaba hasta nosotras, se lo comenté a Sofia, que me dijo: “claro mami, ¡son canarios!”. Nos echamos a reír. Y así pasamos la mañana entre oración, belleza, elegancia infinita, troncos maravillosamente trenzados por la naturaleza, risas... Allí entendí claramente cuando un enamorado, o amigo íntimo, te dice: “Eres oasis, palmera, manantial, para mi vida”, pues las palmeras son cobijo, alimento, elegancia, susurro, paz... y así seguiría y seguiría...

Y continuó nuestra andadura; llegamos a una zona donde crecen las asclepias, plantas de las cuales se alimentan y ponen sus huevos las mariposas “monarca”, una de las variedades de mayor tamaño. Y así, con el mar Atlántico a nuestros pies, anduvimos a lo largo de cuatro horas, de sorpresa en sorpresa, de admiración en admiración.

Fue una mañana hecha oración.

Gracias Padre por tanto, porque todas las mañanas nos regalas un nuevo rayo de sol, siempre pleno de tu LUZ.